

felices, y lo hace de tal modo, que su mano siniestra ignora los beneficios que fecunda y pródiga derrama su diestra. Además ni se ensoberbece, ni piensa mal del prójimo: á los presentes halaga, defiende á los ausentes. En ella se vé la cifra de todas las virtudes, y para comprender lo que es, basta decir que descendió del cielo, que de Dios emana, y que Dios mismo es caridad.

La Justicia contempló con benévola sonrisa á la tímida jóven, dirigiendo á continuación una mirada á la Beneficencia, como estimulándola á que hablase. Esta no aguardó á que la Verdad lo hiciese por ella: acercóse firme y magestuosa, exclamando con acento seguro:

—Augusta matrona, mis hechos deben serte bien conocidos, puesto que la Fama los publica por todo el orbe; más si deseas que los repita, diré que practico las mismas obras que la Caridad, y que voy más adelante, pues busco sin cesar medios para que nunca falten auxilios á los necesitados. Al sonido de esta mágica bocina convoqué á los más nobles séres, que guiados por mí se levantan y hacen frente á cuantas desgracias se presentan, ahuyentando sin cesar la desnudez y el hambre de la mansión de los menesterosos. ¿Qué más se puede hacer en el mundo?

Absorta y muda quedó la Justicia, más en breve murmuró atrayendo hácia sí á las dos contendientes.

—Aun me queda otro recurso para conocer cuál de vosotras dos es más digna.

Diciendo así tocólas con su vara, adquiriendo momentáneamente el pecho de las dos tal transparencia que en el centro distinguíanse sus corazones tan patentemente como pudiera verse una flor dentro del más terso y limpio vaso de cristal.

El corazón de la Caridad era de oro coronado de llamas, y en él aparecía grabada con caracteres de fuego esta palabra: *Amor*.

El de la Beneficencia era de hierro y decía con letras de bronce: *Orgullo*.

¿Y pude, exclamó la Justicia, y pude dudar entre las dos? Ven, Caridad, casta doncella, hija del cielo, ven á mi diestra; ven, que tú, sola tú que todo lo haces inspirada por la llama del más puro amor, eres la que debe reinar en la tierra. ¿Qué te detiene? Tus derechos son indisputables, y al punto serás proclamada por la Verdad y por mí Reina del mundo.

La Caridad sintió subir á su semblante, que se coloró instantáneamente, una chispa del fuego divino que ardía en su corazón: sus ojos brillaron de un modo extraordina-

rio: con un movimiento que no fué dueña de reprimir, arrojóse ante la Justicia, y abandonando su natural timidez, exclamó con palabras tanto más vehementes, cuanto menos premeditadas eran:

—¡Oh suprema deidad! oh soberana matrona! ¿Qué dices? ¿Qué ordenas? Revoca, revoca tu mandato en bien de la humanidad! Cada siglo tiene sus tendencias y sus aspiraciones: en el que hoy comienza se alzará el lujo triunfante y respetado, se deseará en todas las cosas deslumbradoras apariencias, y con estas ideas ¿cómo mi voz podrá ser atendida? ¿cómo será posible afirmar mi reinado? Los que ceden á la influencia de su tiempo me contemplarán con soberbio desden: acaso hasta los más sensatos y buenos no podrán menos de calificar mi humilde apariencia y modesto atavío como de anacronismo: los mismos necesitados no escucharán mi voz, ni recibirán mis dones con el afecto y entusiasmo que si me presentase á ellos vestida de oro y cubierta de diamantes. Revoca, pues, oh Justicia, tu decreto: éntre la Beneficencia á reinar en mi lugar; ella sabrá mejor que yo responder á las inclinaciones del siglo, y esparcir beneficios segun las exigencias de la época. Si mis consejos necesita, yo la inspiraré en secreto; si desea ir por mí autorizada, le prestaré mi manto.

Diciendo así, desciñósele la casta jóven colocándolo en los hombros de la Beneficencia, que apareció mucho más hermosa bajo aquel cándido y misterioso velo.

—Pues tú lo quieres, sea, oh dulce, oh tímida vírgen, hija del cielo, murmuró la Justicia.

Y fué en efecto. La Beneficencia reina desde entonces en el mundo; aunque adornada de brillantes joyas, preséntase siempre cubierta con el manto de la Caridad. Siguiendo en todo la marcha del siglo, anuncia y publica sus obras á son de trompeta, convoca reuniones, crea juntas y sociedades en bien del desvalido, pregona certámenes para premiar acciones virtuosas, y cediendo á las generales exigencias, alista bajo espléndido y lujoso estandarte á todo el que desea ejecutar las obras de misericordia, haciendo patentes sus nombres para estimular á los demás. Sagaz é ingeniosa atrae á su alrededor á las distinguidas y bellas damas, aprovechando en bien de los pobres tanto los nobles y generosos sentimientos y la ternura y compasion de unas, como la nécia vanidad que mueve á otras. Ella comprende que estas distintas aspiraciones, estas encontradas ideas pueden ofrecer el

mismo resultado, y no las desatiende; las acata puesto que redundan en beneficio de los menesterosos. Vése, en fin, que apesar del culto que sin cesar rinde al lujo y de su constante anhelo de mostrar deslumbradoras apariencias, como su tema es el bien, todas sus acciones son siempre nobles y buenas. Por ella reinan el aseo, la abundancia y aun las más exquisitas comodidades en esas mansiones espaciales donde el huérfano desvalido y el enfermo necesitado hallan apacible acogida. Bajo su influencia preséntase pocas veces en toda su descarnada desnudez la miseria en la choza del mendigo; ella sabe rechazarla, al mismo tiempo que se halla dispuesta siempre á hacer frente y vencer á la multitud de calamidades que las epidemias, el hambre ó las guerras pueden lanzar sobre los desdichados pueblos.

La Caridad entre tanto no ha huido de la tierra; pero lejos del tumulto del gran mundo, se complace en buscar su morada en los corazones más humildes y sencillos, desde donde admira y bendice á la Beneficencia, alentándola á veces en sus obras, muchas de las cuales son debidas á sus santas inspiraciones.

ENRIQUETA MADDOZ DE ALIANA.

Sevilla.

El Bergantin Caritá.

(HISTÓRICO.)

Hombres hay que, por su carrera y particulares circunstancias, tienen mas ocasion que otros para ver las miserias y desgracias de la humanidad: tales son el médico y el sacerdote. De la misma suerte existen ciudades que, por su posicion topográfica y otras causas diversas, parecen designadas por la naturaleza para ser testigos de grandes tribulaciones, de dolorosos acontecimientos. A este número pertenecen las poblaciones marítimas y entre ellas Cádiz. Centinela avanzada de Europa en los mares del Mediodía, centro en otro tiempo de la contratacion y riquezas del antiguo y Nuevo Mundo, duerme hoy envuelta en los restos de su dorado manto, como si quisiera olvidar las memorias de su pasada grandeza para no tener la pena de compararla con su decadencia presente. Retrátala en su desnuda espalda el mar, antes cubierto

de naves, y con arrullos monótonos parece que intenta conservar su sueño.

Pero sucede á veces que ese mismo Océano engruesa sus olas y ruge con voz potente, combate sus muros con la fuerza de un ariete y la salpica con la espuma de su rabia. Estalla el trueno y los desencadenados vientos amontonan siniestras nubes en un cielo amenazador y pavoroso. No es extraño entonces que los habitantes de Cádiz alcancen á distinguir desde los baluartes ó desde sus altas azoteas algun buque zozobrante, vagando con rumbo incierto entre la bruma y pidiendo auxilio con la quejumbrosa voz de sus cañones. A veces ¡doloroso espectáculo! arrebatado por los enfurecidos elementos, salva la avanzada de enormes rocas que cual un segundo cinturón de piedra rodea la ciudad para venir á estrellarse contra la muralla, coronada de infinito número de personas llenas de compasion hácia los náufragos; pero impotentes para prestarles ningun socorro. Allí el viento furioso, el mar lleno de abismos, el bajel que cruje y se abre, la inevitable muerte que llega en el vigor de la salud, tal vez en la primavera de la existencia..... aquí, á pocas brazas, la tierra firme, la salvacion y la vida. La vida, que tanto resplandece á nuestros ojos cuando ya se vá y no podemos detenerla; esa vida tan dulce para la esposa, tan necesaria para los hijos! Y con todo, la nave se estrella, su costado se abre, la muerte entra á grandes oleadas, pálidos rostros de erizados cabellos se vuelven hácia todos los puntos del horizonte, cien brazos se levantan suplicando ó amenazando á un cielo inflexible; hay un grito último y espantoso, y despues..... nada. Ese ronco murmullo es de la ola que canta su triunfo. Al dia siguiente se ven tablones, cuerdas y trozos de mástiles en la playa: tambien algunos cadáveres, traídos y llevados por la marea, ruedan sobre la arena. ¿Quiénes son? De algunos se ignora; el Océano ha desfigurado sus semblantes; ha robado á sus víctimas la vida y el nombre.

Duros temporales dieron principio en Cádiz el año de 1867: dia hubo de no poder entrar ni salir buque alguno en el puerto: á veces con espantosa volubili-

dad recorría el viento en pocas horas todos los puntos del cuadrante: á veces se precipitaba con furia ó calmaba de repente; pero siempre manifestaba el cielo un aspecto sombrío y turbulento, y el oleaje era grueso y profundo. Una inquietud afanosa agitaba al comerciante que esperaba sus mercaderías: muchas madres y esposas de marinos lloraban y rezaban: no había azotea sin anteojo: desde todas partes se registraba el horizonte como para arrancar á la tempestad su terrible secreto. ¡Loado sea Dios! Esta vez los elementos lucharon con el hombre: pero el hombre no fué vencido.

El 17 de Enero llegó á la vista del puerto un bergantín-goleta. Era austriaco: había tocado en Cardiff quince días antes y llegaba á consignar aquí su cargamento. No parecía maltratado: su gallarda arboladura, inclinada hácia la popa, traía recogido casi todo el velámen, y, sin embargo, se deslizaba con grande rapidéz. Llamábase *Caritá*, y lo tripulaban once hombres. Su capitán, conociendo el inminente peligro, dudaba entre tomar la embocadura del puerto, ó lanzarse á correr el temporal en alta mar para librarse de los escollos vecinos que, golpeados con terrible estruendo é inmóviles ante el frenesí de la naturaleza, ofrecían un aspecto amenazante. Yá no era tiempo de deliberar: levantóse un viento huracanado: la retirada se hizo imposible: ó entrar en el canal y ganar el puerto, ó perecer estrellado contra las rocas. Así, aunque aquel día no había podido salir práctico alguno, el *Caritá* hizo rumbo hácia la bahía. Tal vez hubiera conseguido anclar en ella, si un irresistible golpe de mar no le hubiese roto el timón, y arrojado hácia la costa del Sur, haciéndole penetrar en los peñascos arrecifes que por aquella parte se extienden á larga distancia, unas veces ocultos bajo la ola, otras veces presentando sus pardas frentes coronadas de espuma, y siempre aguardando al navegante para devorarlo como el tigre á su presa. Escapar de aquella posición era imposible, aun con próspero tiempo: continuar en ella era imposible también: se hubiera despedazado el buque. Esperar socorro en tales circunstancias, parecía

un delirio aun á los mismos tripulantes: por más que la consoladora esperanza sea la última luz que ven los ojos del hombre, esa esperanza misma se presentaba entónces como un sueño vago y lejano, como una quimera irrealizable, puesta frente á frente de la horrible verdad: y la verdad era un cielo tempestuoso y un Océano turbulento. ¿Qué barco podía socorrerles? Siendo de mediano porte, no lograría penetrar en aquel laberinto de rocas: para conseguirlo, sería necesario un bote de vela triangular, una de esas pequeñas barcas pescadoras donde ciertos hombres intrépidos juegan diariamente su vida por un puñado de cobre. Pero en este día espantoso ninguno sería tan temerario que abandonase el abrigo del puerto: muchos valientes, encanecidos en largas navegaciones, juzgaban que el hacerlo era suicidarse inútilmente: la tempestad tenía yá su presa, y el intentar disputársela, sería tanto como proporcionarle nuevas víctimas. La población de Cádiz, aglomerada en las azoteas y murallas, esperaba y temía por momentos el naufragio y la muerte de aquellos desgraciados.

Entretanto, no pudiendo el bergantín *Caritá* salir de las rocas que lo cercaban, había recogido sus velas, así como un pájaro herido pliega tristemente sus alas; y para no ser destrozado en aquel arrecife, se aferró en sus anclas, que no podrían por largo espacio sostener el tremendo impulso del oleaje. Los tripulantes desfallcidos, sintiendo correr por sus cuerpos el sudor y la lluvia, se recostaron acá y allá sobre cubierta: algunos imploraban al cielo, otros se lamentaban de su desdicha; uno de ellos, agarrado al gobernalle del timón ya roto, fumaba en silencio y miraba huir el humo. Yo lo veía todo, puesto junto á la muralla, envuelto en mi capote y calado por la lluvia y el oleaje que llegaba hasta mis piés, y á veces pasaba sobre mi cabeza, inmóvil y tomando parte con mi corazón en todos los accidentes de aquel drama. Al observar que el bergantín calaba sus dos anclas; al pensar que eran ellas como los brazos con que un moribundo aprieta convulsivamente un resto de vida, y que esos brazos no podrían resistir largo

tiempo, el recuerdo de una espantosa lectura de Víctor Hugo vino de golpe á mi imaginación, hiriéndola como un siniestro relámpago. ¿Os acordáis de haber palpitado, teniendo en las manos ese grandioso libro titulado *Nuestra Señora de París*, con la pintura de los sufrimientos de aquel sacerdote, de aquel Cláudio Frollo, lanzado fuera de una de las torres de la catedral, agarrado de un saliente del muro y suspendido á doscientos piés sobre el abismo? Sus brazos, cansados de sostener su cuerpo, temblaban con estremecimientos nerviosos; de su calva frente brotaba un sudor de sangre, y le zumbaban los oídos, porque en ellos chocaban los mil rumores de la vida con la fría palabra de la muerte; hasta que desesperado, jadeante, sombrío, se desprendió como un fruto maduro y bajó á deshacerse el cráneo contra las losas del pavimento. Un minuto antes, una cuerda hubiera podido salvarle; un instante despues, ni todos los hombres juntos. Aparecía el bergantín á mis ojos como una reproducción de tan angustiosa imagen; era más aun: era la imagen misma, engrandecida con la terrible magnitud que el Océano presta á cuanto le pertenece; no estaba aquí un solo hombre pendiente sobre el abismo; sino muchos: no los retenían dos débiles brazos de carne y dos manos crispadas por el espanto de la agonía, sino dos firmes cadenas de hierro, cuyas anclas se hincaban tenazmente en un fondo de roca; pero la tempestad podía deshacerlas como un juguete en manos de un niño. Pronto se realizaron estos temores: una de las cadenas estalló y comenzó el buque á girar en torno de su única amarra; y esto era al oscurecer de una tarde de invierno, cuando ya las sombras iban espesándose, el temporal no cedia y principiaba una eterna noche.

Con los mejores anteojos solo se divisaba ya un punto negro: poco despues y en el mismo sitio, una luz rojiza temblaba entre las tinieblas, como diciendo que aun había allí criaturas humanas que vivieran, si es que puede llamarse vida la lucha en la sombra junto á un sepulcro abierto adonde os arrastra un poder irresistible.

Si no me hubiera limitado á trazar en breves rasgos un cuadro puramente histórico del suceso, abriría capítulo aparte para contaros los padecimientos de aquella noche sin esperanza y sin sueño, bajo aquel cielo sin estrellas y sobre aquel abismo sin piedad. Porque morir á la luz del sol y en el colmo de los días, es caer como las hojas del otoño en brazos de la naturaleza; es llegar al término de la jornada y dormirse como un viajero que descansa; pero fallecer entre tinieblas, en la fuerza de la virilidad, no porque se ha gastado la existencia, sino porque nos la roba como un bandolero una causa más poderosa que nosotros; sentir y conocer que hemos luchado brazo á brazo con esfuerzo de gigante para servir de juguete y despojo á nuestro enemigo; que hemos triunfado de mil y mil olas para ser envueltos y sepultados por la última yá junto á la playa, cosa es tan triste y amarga, que agitando violentamente el ánimo, hace espirar al hombre con la inútil desesperación de un réprobo, ó con la sublime tranquilidad de un héroe. No sé cuál de ambas cosas predominaba en la tripulación del bergantín austriaco; la noche era muy negra y la tempestad muy resonante: solo Dios pudo ver la palidez y las lágrimas y escuchar las imprecaciones ó las súplicas: para los demás el buque era solo una luz que á intervalos brillaba, y unos hombres que tal vez al amanecer ya no existirían.

Frente al mar del Sur hay una larga hilera de humildes casas, que se extiende desde el ángulo inmediato al presidio hasta mas allá de los muros zagueros de la catedral; por los balcones, ventanas y azoteas de todas estas viviendas se divisa el Océano sin límites, y á una distancia tan corta, que siempre parece hablarlas con rumor perpétuo y á veces las salpica con la espuma de su rabia. Habitan este barrio en su mayor parte familias de pescadores y marineros, que conservan cariñosamente en el hogar el sitio vacío del padre, del esposo, del hermano lanzados por distintos climas á las caprichosas agitaciones de la ola; familias que temen la nube y la tempestad como una amenaza, que sonríen al viento favora-

ble y tiemblan con los huracanes á la llegada del invierno; y siempre al cruzar por delante de la ventana, al asomarse al balcon, al subir á la azotea, echan una mirada indagadora al movable horizonte de las aguas por si alcanzan á divisar alguna blanca vela, ó la columna ondulante de humo de algun vapor: y suspiran contemplando la inmensidad desierta del Océano, ó palpitan de esperanza al llegar al puerto algun buque, porque en él puede venir quien ocupe un lugar querido en la casa, un vacío en el corazon. Estas familias son religiosas: generalmente suele serlo el que teme ó el que espera: porque es Dios escudo contra el temor y manantial de toda esperanza. Ninguna de ellas pudo tranquilamente dormir en esta larga noche: encendieron lámparas de aceite bendito ante las imágenes de Jesus y María y de los santos patronos de los navegantes, hicieron piadosas promesas y rezaron largas horas de rodillas. ¿Por quién eran los rezos y las ofrendas? Por unos extranjeros desconocidos, hijos de una tierra muy distante, á quienes nunca habian visto; pero que eran hombres y padecian, y esto bastaba.

El sufrimiento y la religion, son vínculos sagrados que enlazan los corazones y no preguntan pátria, edad, ni estado, para inspirar la piedad y aun el heroismo del sacrificio. Dios padeció por todos y por todos vertió su sangre, sin distinguir entre amigos y enemigos, entre discípulos y sayones, ni comarcanos y extranjeros. Muchas plegárias subieron al cielo aquella noche, muchas mejillas se humedecieron con llanto. Las mústias luces que brillaban tras de los vidrios de aquellas habitaciones, parecian otros tantos ojos contemplando con pena al bergantin á través de las tinieblas: cada rugido del viento, cada grito de la ola, estremecian á los que velaban y rezaban, creyendo escuchar las voces lastimeras de los náufragos y el crujido de la madera al romperse contra las peñas; mientras que los tripulantes juzgaban tal vez estos ruidos como la amenaza final del abismo, ó ecos de la eternidad flotando entre la bruma, ó esos extraños gemidos y lamentos que dicen solo se escuchan en

la última hora, cual si fueran el rumor que hace con sus alas el ángel de la muerte.

Amaneció por fin: una pálida cinta luminosa fué extendiéndose por el horizonte; las nieblas flotaron en grandes masas arrolladas hácia el poniente, un solo y descolorido rayo de sol tembló un momento sobre las aguas, volvió á esparcirse la bruma y el día quedó como envuelto en un sudario blanquecino y frio. No habia cedido el temporal; pero el bergantin aun estaba allí, girando alrededor de su única ancla, medio destrozado y á por tan prolongada lucha, con sus mástiles tronchados y próximo á sumergirse. Poco despues aclaró el día: no quedaba tiempo que perder: ¿perecerian aquellos hombres, sin que siquiera hubiese el consuelo de haber intentado salvarlos? Dos prácticos aparejaron sus botes y emprendieron la peligrosa travesía: millares de personas los miraban con anhelante solicitud adelantarse pausadamente cruzando la bahía; pero al doblar la aguda punta de San Felipe, los vieron de repente azotados, arrollados y envueltos por violentas ráfagas y montañas de olas, apareciendo y desapareciendo á largos intervalos sin querer volver atrás, sin poder avanzar una sola línea, prolongando la lucha hasta que ya sin fuerzas, rechazados y vencidos por un poder superior, volvieron al puerto, ataron en silencio sus botes al muelle y pusieron en Dios únicamente su esperanza. Dos vapores pescadores que con el mismo objeto habian levado anclas, volvieron tambien de igual modo, y la completa pérdida del bergantin y su tripulacion fué considerada como inevitable.

Pero, entre tanto, un hombre de ánimo intrépido y dotado de esa caridad activa que no se contenta con deplorar las desgracias, sino que aspira á remediarlas por todos los medios imaginables, pensaba en socorrer á los náufragos y determinaba en su interior perder la vida, ó traerlos á tierra libres y salvos á despecho de los elementos. Era patron de la barca pescadora llamada *San Genaro*: su nombre Cayetano Ricar, y por diminutivo familiar el Tano: aspecto rudo y corazon bondadoso, pronto en re-

solver y ejecutar, y el más apropósito para afrontar y concluir tan aventurada empresa. Habló con don Manuel Quintana, dueño de la barca, pidiéndole su permiso para el heroico arrojito que intentaba, y obtuvo esta contestacion:— "Si tú arriesgas la vida por salvar la de esos hombres ¿no he de arriesgar yo un poco de oro? Anda, vé y que Dios te ayude." Un momento despues, Ricar pedia licencia para salir al capitan del puerto: se le concede, y en seguida convoca á sus compañeros; los junta en el muelle y con los ojos radiantes de valor y el acento de una resolucion incontrastable les dice:—Amigos, se trata de salvar á esa gente, ó de ahogarse: yo no volveré á pisar esta tierra, sino trayéndolos á todos: el que quiera, que me siga: el que tenga miedo, que se vaya." Ninguno se fué, ni vaciló siquiera: todos le siguieron. Apenas pasó á bordo el último de sus hombres, un marinero desconocido saltó tambien dentro de la barca. Ricar le dijo:—¿tú quién eres? ¿A qué vienes aquí?—"Soy un marinero de la guerra del Pacífico, tengo licencia ahora, y voy con ustedes por gusto." Mientras esto se decia y se preparaban las velas y revisaban las jarcias y remos, un muchacho que formaba parte de la tripulacion como cocinero y grumete, porfiaba por entrar en el *San Genaro*, respondiendo á los compañeros que por su tierna edad se lo impedian:—"Soy de la barca, y voy á donde vaya, y no me creo menos que los demás." Y pasando á bordo con la ligereza de una ardilla, se agarró á una cuerda, y ni súplicas, ni reflexiones pudieron atemorizar la grande alma de aquel niño, ni hacerla vacilar un punto en su intrépida resolucion.

Las once de la mañana serian cuando el *San Genaro*, apartándose del muelle, desplegó la vela al viento y con la velocidad de un pájaro marino comenzó á cruzar la bahía. Cayetano con la diestra en el timon, la vista en el horizonte y la serenidad en su frente, dirigía el rumbo de la nave. Hízola adelantar hácia la frontera playa del Puerto de Santa María, mandó tomar rizos para precaver las fuertes ráfagas, y virando á estribor dobló osadamente la punta de San Felipe,

encontrándose en plena tempestad. Hubo entonces momentos de una duda angustiosa entre el inmenso número de espectadores: ¿podría tan frágil buque resistir los terribles embates del viento y de las olas? Y caso de que los resistiese, ¿cómo penetraría en el peñascoso arrecife donde se estaba destrozando el *Caritá*? ¿No era esta una empresa temeraria é imposible, una especie de suicidio á que marchaban aquellos hombres, alentados por su grande ánimo y compasivo corazon? ¿No habian vuelto atrás la proa cuantos intentaron salvar á los náufragos? Dos vapores no habian retrocedido? Y cuenta, que el barco de vapor lleva en sí una especie de vida propia, una fuerza poderosa para combatir y vencer la fuerza de los elementos; que sin desplegar velámen avanza como el rayo, vá y viene á su voluntad, palpita como un monstruo vivo, y deja, como huellas de su paso independiente y magestuoso, un surco blanco en las aguas y un surco negro en el cielo.

Tales reflexiones sugerian la atrevida resolucion de Ricar y la marcha del *San Genaro*, conmoviendo profundamente á cuantos le acompañaban con los ojos desde los muros y azoteas; pero aquella frágil barca ya balanceándose en la alta punta de las olas, y desapareciendo en los espumosos valles de las aguas y volviendo á aparecer como una mojada gaviota, seguia tenazmente su rumbo, con el viento de proa, con la mar gruesa y alborotada, ayudándose unas veces del remo, otras de la vela, mas avanzando siempre hácia el bergantin austriaco y siempre llevando consigo la admiracion y bendiciones de los gaditanos. De pronto sobrevino una gran lluvia: la barca pescadora donde Ricar llevaba á los náufragos la salvacion y la vida se ocultó por completo en la cerrazon del horizonte, y la más angustiosa incertidumbre se apoderó de todos los ánimos. La muchedumbre de espectadores sufría inmóvil el copioso aguacero: los anteojos continuaban tenazmente registrando la alborotada extension de las aguas, y el que distinguía ó se figuraba distinguir algun pormenor de aquel verdadero drama, comunicaba en alta voz sus obser-

vaciones: ya decia uno:

—Veo el *San Genaro* como un punto negro al Oeste... no avanza una línea... ha perdido la vela.

Ya exclamaba otro, despues de una breve páusa:—Esto es tirar la vida... sin provecho de nadie... ya lo veo... no puede... se vuelve... ¡ah Tano valiente! No se vuelve; mas... si... ¿quién demonio resiste á un temporal como este?

—Pues yo le digo á usted, señorito, respondió un hombre canoso y de tez bronceada, que alcanzo más con mis mismos ojos, que usted con ese lente de á vara; y que no se vuelve, aunque se ahogue veinticinco veces; porque yo le conozco, y en diciendo una cosa, es más firme que una muralla. Ah! por vida de... mal rayo... vamos... quizá sean mis ojos... pero ya no lo veo.

Como lo sublime suele ir mezclado con lo burlesco, en las situaciones más solemnes y trágicas no falta quien tenga el triste privilegio de promover la risa con sus extravagancias. Hé aquí á un individuo de larga melena, largo cuello y zancas largas, que como una bala llega á la carrera desalentado y jadeante, y poniendo en movimiento sus descarnadas rodillas y afilados codos, derriba á unos, pasa sobre otros, á todos molesta, se abre camino hasta la muralla, y allí, con voz ronca y débil que no alcanza á treinta pasos, comienza á gritar con tono de mando las más disparatadas maniobras que pudo sugerirle su ignorancia:—¡Ah, del *San Genaro*! Atención! ¡Garrea y trinca! ¡Orza á babor! ¡Vira en redondo y riza el pitifoque! ¡Alija y atraca!

—No tiene usted mal atraque; respondian algunos.—¡Que lo lleven á la casa de locos!—Se conoce que su mercé entiende la navegacion. Ha sido usted almirante, mi amo?—¡Valiente pescuezo! Si parece una sogá!—¿Qué dices tú, Manolillo?—Que si lo alarga, puede su mercé estar en Cadiz y comer en la Isla.—Hombre, más valía que se ahogara usted, que no esa gente.—¡Fuera! ¡Fuera!... Y los gritos crecian.

De pronto cesó la lluvia y pudo verse de nuevo el *San Genaro*: todas las miradas volvieron á fijarse en él, y quedó

terminada esta escena ridícula, episodio de un drama terrible. Miré el reloj y era la una de la tarde. Llevaban Ricar y su tripulacion dos horas de porfiada lucha desde que abandonaron la bahía; dos horas, ó más bien dos eternidades para los náufragos, que, asidos á la obra muerta de estribor, contemplaban con asombro la furia de los elementos y la impávida energía de sus salvadores, temiendo por instantes verlos sucumbir en su heroica empresa, ó que, asustados de su misma temeridad, buscasen el abrigo del puerto. Cada vez que el timon hacia virar la barca pescadora, torciendo su rumbo para esquivar la fuerza de las ráfagas, creian llegado el momento de la retirada, y al juzgarse abandonados á los furios del abismo, sentian correr á lo largo de sus miembros los frios estremecimientos de la muerte. Y no porque fuesen cobardes; que eran hombres curtidos por las borrascas y bronceados por los soles de distintas zonas: seguros de su próximo fin, hubieran sabido aguardarlo con la impasibilidad estoica del marino; pero esa alternativa incesante de esperanza y desaliento, ese vaiven penoso de júbilo y terrores, esa vida que huye y vuelve, y torna á huir en seguida, tal vez para siempre... son como un ariete formidable capaz de quebrantar la firmeza del mas animoso pecho. Los mismos espectadores sentian cruelmente las angustias de tamaña incertidumbre: muchos rostros yá se coloraban, yá palidecian: muchos ojos de compasivas mujeres derramaban lágrimas, tan pronto nacidas de la pena como del entusiasmo. Porque nadie fué insensible aquel dia grande: si acaso hubo alguno indiferente al heroismo y á la desgracia, debió de llorarse por él como si hubiera muerto.

Una vez se creyó perdido todo. El *San Genaro* viró á babor, alejándose á un tiempo del puerto y de los náufragos y haciendo rumbo mar á dentro. Ya no habia duda: se creyó que, conociendo Ricar la imposibilidad de su socorro y el peligro de volver á guarecerse en la bahía, determinaba correr el temporal durante algunas horas, esperando una ocasion propicia para salvarse, ya que no

podia salvar á aquellos desconocidos extranjeros por quienes afrontaba tan inminentes peligros. Se vió al falucho avanzar hundiéndose entre la niebla que todavia flotaba acá y allá en grandes masas. Un relámpago fulguró en el horizonte, y en el prolongado trueno que retumbó en seguida, pareció gritar desde lo alto una voz terrible: "ya se acabó toda esperanza." Mas no fué así; antes bien como suele el águila encumbrar su vuelo á una pasmosa elevacion para caer en seguida sobre su presa con el ímpetu del rayo, el ligero buque de Ricar se alejó para tomar espacio y viento, y enderezando otra vez su rumbo hacia el arrecife donde el *Caritá* se despedazaba, voló á él como una flecha con la hinchada vela casi tendida sobre las aguas que hervian y se alzaban rugiendo ante la inflexible proa. Semejante rasgo de audacia asombró á todos: el drama volvió á reanudarse: cada espectador permaneció inmóvil: el silencio era profundo, y solamente lo interrumpia el oleage al chocar contra la muralla, esparciendo por los aires blancas sábanas de espuma.

Entretanto, el *San Genaro* avanzaba rápidamente y en línea recta: á cada instante se divisaba mejor, y á poco se notó con sorpresa que conservaba intactas sus jarcias y velas, á pesar de tan prolongada lucha: sus hombres vigilaban cada cuál en su puesto y Ricar empuñaba con mano firme la caña del timon: yá se acercan, se acercan y casi tocan las peñas del arrecife. Mas ¿cómo penetrar en su seno? ¿cómo salvar aquel muro de rocas verdinegras, yá ocultas bajo las aguas, yá asomando sus frentes por donde chorrea la espuma y en que la mirada se fija con asombro? De repente una gruesa ola se levanta á lo lejos; avanza rodando como un monte que desquiciara el huracan, y amenaza destrozar cuanto se oponga á su carrera. Ricar la vé, la aguarda y se abandona intrépidamente á ella: un instante despues ya está en el arrecife. Vése á los tripulantes del *Caritá* correr de un lado á otro sobre cubierta; seguros del socorro y confiando ya en su salvacion, recogen lo más precioso que pue-

den llevar consigo; algunos lloran al echar una rápida ojeada al retrato de la madre, de los pequeños hijos ó de la ausente esposa y ocúltanlos en su pecho; otros dan voces de júbilo, y todos se preparan á huir de aquellas frágiles tablas que crugen sobre el abismo y pronto acá y allá dispersas flotarán como tristes cadáveres. El trasbordo se verifica precipitadamente: no hay tiempo que gastar; abandonarlo todo, perderlo todo, con tal de salvar la vida, porque un solo minuto de tardanza puede ser funesto. Unos se deslizan ágiles por cuerdas; otros, más temerosos é impacientes, se arrojan de golpe por el portalon de estribor á riesgo de caer en las olas ó de romperse un miembro: los intrépidos salvadores los recogen, y una ráfaga violenta separa del bergantín medio deshecho al *San Genaro*, lanzándolo fuera de los escollos. ¿Qué falta yá para coronar tan heroica empresa? Únicamente entrar en el puerto, lo cuál no es difícil, pues por fortuna acaba de cambiar el viento; es más favorable para volver, y antes de una hora podrán los náufragos besar la hospitalaria tierra y aferrarse de nuevo á la vida que yá se les escapaba. ¡La vida! Si tal encanto ofrece al criminal á quien alejan del verdugo para sepultarle en perpétuo encierro, ¿cuáles no tendrá para el hombre que recobra la plenitud de su existencia, el aire y el sol, el tiempo y el espacio?

Peró ¡ay! no todos los náufragos vuelven yá en la barca salvadora; falta uno, el capitan Bonavich, que detenido en recoger documentos y papeles, se ha quedado á bordo de su destrozado buque, y se oyen sus roncadas voces clamando auxilio y se le distingue corriendo sobre cubierta y agitando sus brazos con desesperacion. ¿Será tal vez la única víctima, ó de nuevo jugarán sus vidas muchos hombres por salvar la de uno solo? Temerario parece semejante propósito; sobre todo, á los mismos austriacos, y algunos de ellos opinan por huir este último peligro, abandonando al capitan á su desgraciada suerte. Mas Ricar ha dicho á sus animosos compañeros antes de alejarse del muelle, que volve-